

ANTONIA RODRÍGUEZ SÁNCHEZ DE ALVA

Antonia Rodríguez Sánchez de Alva fue una excepcional mujer y una gran pintora. Nació el 19 de mayo de 1835, en el número 4 de la calle Trinidad, y murió el 23 de enero de 1868, en la misma casa donde nació; solo treinta y dos años para una vida intensa y casi heroica. Vivió una en una época y momento en los que era una heroicidad adentrarse en el difícil campo profesional de la pintura, donde siendo mujer se codeó con grandes hombres de esta disciplina. Tuvo que estudiar en Sevilla con alguno de los maestros que, en esos años de su adolescencia, ejercían el magisterio en la capital; y desde luego en su pintura se nota el influjo de los románticos Antonio María Esquivel, Gutiérrez de la Vega, Valeriano Bécquer o el propio Eduardo Cano.

Sorprende su labor pictórica, evidenciado por multitud de obras, de las que José Cortines Pacheco llegó a localizar ochenta y seis; pero conocido el destino de su producción y la clientela de esta mujer, sospechamos que hubo una gran cantidad de pinturas, ya perdidas para siempre, junto a otras cuyo paradero ignoramos.

Su pintura tiene cierta unidad estilística, aunque se aprecian diferentes calidades, que pueden corresponder a distintos momentos de su formación, a las exigencias de los encargos y a las prisas de los clientes. Su estilo se corresponde con la pintura romántica del momento; es un poco versátil, por cuanto teniendo una gran producción original, se vio forzada a copiar otras pinturas de maestros de otras épocas, lo que le dejaron algunas huellas en su personal producción. Tengamos presente, para valorar su gran laboriosidad, que en esa etapa histórica, la pintura posee un proceso lento, minucioso y limpio, sobretudo en el retrato, género que esta pintora desarrolló notablemente y del cual abordaré más adelante. Toda esta labor requiere muchas horas ante el lienzo, por lo que Antonia Rodríguez (“Antoñita” para todos, dado su frágil cuerpo y amable carácter) tendría que pasar muchas horas enfrentada al esfuerzo y las dificultades de su singular trabajo, destacando la fatigosa tarea de un lienzo de enormes dimensiones para la Iglesia de Santa María de la Oliva. Cultivó con desigual fortuna el paisaje, el retrato y el tema religioso. La mayoría de sus pinturas son de gran formato, y en esto vuelve a sorprendernos con la monumental pintura de San Cristóbal, que mide 5,29 x 2,73 metros, y que todos los lebríanos pudimos ver colgada, desde 1853 hasta que, recientemente, fue trasladada, para dejar descubierta la pintura del siglo XIV del mismo santo, que durante más de un siglo ocultó el “San Cristobalón de Antoñita”, como se conoce popularmente este gran lienzo.

Formación artística.

Ni que decir tiene que en su andadura profesional como pintora se vio muy influenciada por el entorno familiar en el que se crió, ya que Antonia Rodríguez tuvo una hermana monja que incluso la tuteló mientras residía en la capital. Se trata de su hermana, Sor Francisca, que la cobijó en el Hospicio de San Luís. Mientras tanto Antonia aprovechó para instruirse “en Bellas Artes y después en el Museo”.

Según los documentos que trató Don José Cortines Pacheco, la pintora estuvo matriculada desde los doce a los diecinueve años en Bellas Artes, donde Cortines Pacheco consultó los libros de matrículas y los de actas, así como la carpeta que guardaba las solicitudes para copiar en el Museo.



No solo mencionar su labor en el Museo, sino que hay que citar su formación complementaria en talleres o academias particulares como es el caso de la que tenía Joaquín Domínguez Bécquer, donde la pintora se codearía con grandes románticos sevillanos como es el caso de Valeriano Domínguez Bécquer, sobrino de Joaquín, y Eduardo Cano. Su estancia en Sevilla estuvo influenciada por estos artistas, aunque también dejaron su impronta en la obra de Antonia Rodríguez Sánchez de Alva pintores de la talla de Antonio María Esquivel, Gutiérrez de la Vega, Eduardo Cano o los propios Bécquer. De todos ellos habría que remarcar la influencia de Esquivel, del cual trataremos una obra semejante a la de la pintora lebrijana.

Antonia Rodríguez, tuvo además una formación en la vecina y cercana localidad de Jerez de la Frontera, donde residió siendo muy joven con su abuelo paterno Don Francisco. Allí recibiría lecciones del pintor José María Rodríguez de Losada, constando que en 1858 fue partícipe de la

“Exposición de la Real Sociedad Económica de Amigos del País”, donde fue premiada con medalla de bronce por la obra de “Hermana de la Caridad”, según cita Osorio y Bernard en *Galería Biográfica de Artistas Españoles del siglo XIX*.

La mayor demanda de la pintora, el Retrato.

El comienzo del siglo XIX ha conocido un desarrollo extraordinario del retrato. Como los burgueses quieren poseer todo lo que antes era el privilegio de las clases dominantes, quieren también contemplarse a sí mismos en vida y legar sus rasgos a sus hijos. Nunca, en ninguna época, fue tan grande esa necesidad de personalización. En lo que concierne a nuestra pintora, hay que decir que la mayoría de los retratos que hace es para deleite de sus allegados, así como para la perpetuación de su figura. Se trata de un número de lienzos que pertenecen en su gran mayoría a la familia de don José Cortines Pacheco. El hecho de legar la presencia del retratado a generaciones venideras se verá en la creación de dos retratos post mortem de la misma persona.

En general, la industria del retrato individual se remonta al siglo XVII. Pero el género se había extendido únicamente en círculos restringidos. Con todo, muy rápidamente se había establecido entre el retrato ejecutado por artistas, cuya evolución se acaba de describir, y el artesanal. Hasta el final del Antiguo Régimen los retratistas no fueron nunca considerados como verdaderos artistas. Ni que decir tiene que Antonia Rodríguez lo fue, puesto que no dedicó su vida plenamente a este género, aunque la gran mayoría de sus obras pertenecen a este discutido género. Es necesario reconocer, por otra parte, que a pesar de la extrema delicadeza de su ejecución y el encanto de su hechura no constituyen un verdadero “género”.

El número de retratos que elaboró esta pintora oscila más o menos sobre los veintidós retratos, de los que contando el suyo propio serían veintitrés. Hay que destacar dos de ellos dedicados a su hermana Doña Benita Rodríguez Sánchez de Alva (1851), a la cual retrató dos veces, haciendo del segundo una réplica del original. Son destacables porque corroboran aquello que manifiesta el retrato, la función de perpetuar al personaje en la historia. En este caso hace el retrato post-mortem, donde se pone de manifiesto el romanticismo pleno, tratando el tema de la muerte por el mero hecho de perpetuar a su hermana.

Por su gran interés artístico, histórico e iconográfico, queremos destacar aquí, procedente de la citada colección Cortines, el importante “Autorretrato”, pieza capital en su producción. Es de marcado carácter romántico, que nos muestra a la joven pintora a sus escasos veintiún años, de rica

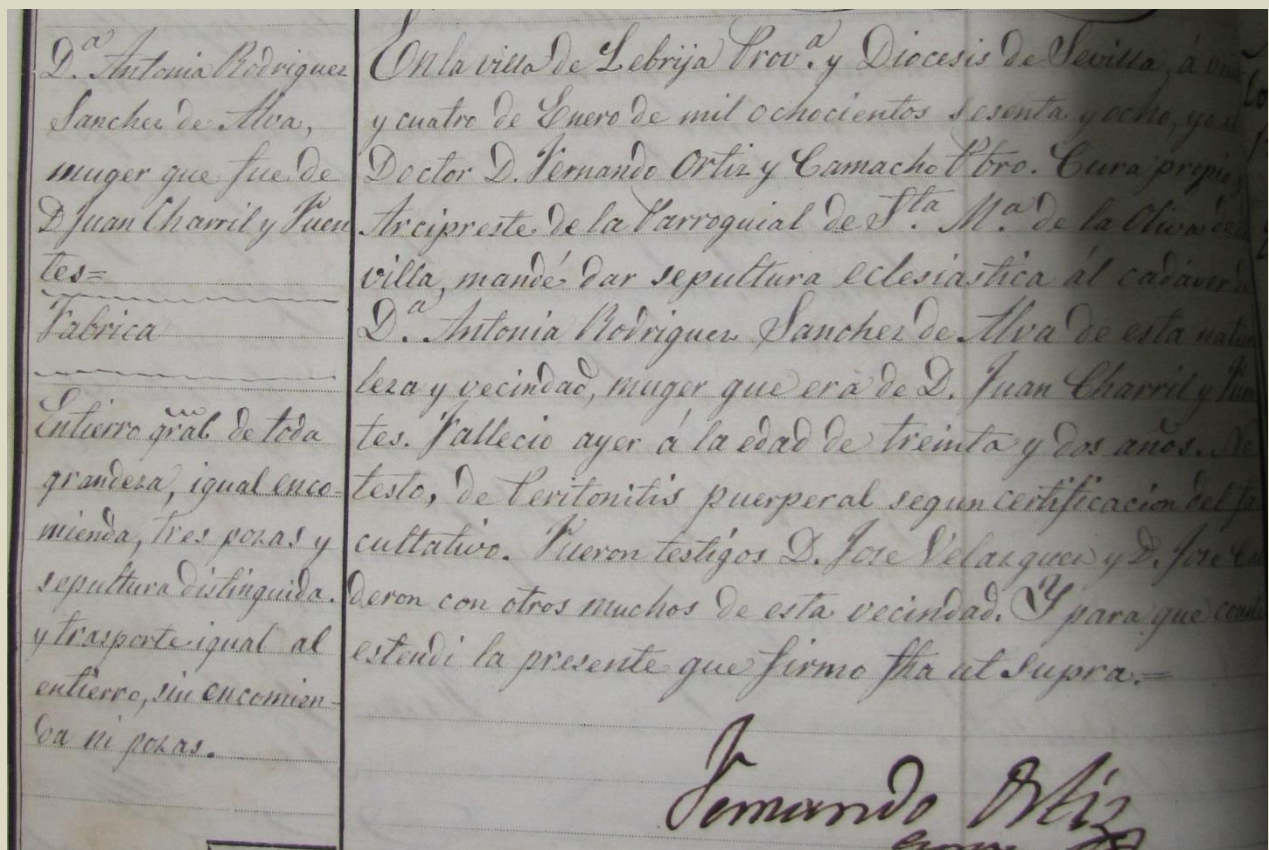
expresividad y psicología abierta, lo que nos cuenta de ella mucho más de lo que puedan decirnos los documentos. Pintada, naturalmente ante el espejo, nos muestra el pincel en su mano derecha que, evidentemente, mantenía en su mano izquierda mientras lo copiaba. Todo el cuadro denota una natural elegancia y delicadeza, una cabeza que más que belleza clásica nos muestra una clara inteligencia. Es en este lienzo donde podemos apreciar aquello de lo que hablamos, una mujer de delicado físico y reducida corpulencia, ataviada según la época y dejando ver su clase social.

En 1853 Dña. Antonia Rodríguez Sánchez de Alva hizo la pintura de “*San Cristóbal*” de la Iglesia de Santa María de la Oliva. Se trata de su obra cumbre, realizada a los casi dieciocho años de edad, y en la cual se puede apreciar el gran esfuerzo de una mujer, caracterizada por su mínima corpulencia, al afrontar un encargo de tal envergadura. Se trata de un lienzo de 5,29m de largo por 2,73m de ancho. El caso es que el encargo que recibió Antoñita no cumple hoy sus funciones originales debido a variadas restauraciones de los testeros que lo albergaron. El “*San Cristóbal*” de Santa María de la Oliva, marca un antes y un después en la vida de la pintora, pues fue su encargo más relevante y además supuso un hito importante en la vida artística de la joven lebrijana. A raíz de esta obra comenzó a recibir el pseudónimo de “la pintora del San Cristobalón”. Una obra que fue encargada en este año para ocupar el lado derecho entrando por la Puerta del Sol de dicho templo, un testero que ya albergaba la imagen de este santo, pero realizada directamente en el muro en el siglo XV. Decían que no suscitaba a la devoción y que por ello se le encarga dicho cuadro a Antonia Rodríguez. Si bien es cierto, el actual San Cristóbal de la Iglesia de la Oliva es el mural del siglo XV, y puede decirse que entenece mucho más al fiel el que realizó la pintora romántica que el primitivo, que es el que vemos allí hoy día. Recuperada esta pintura del siglo XV, podemos citar lo regia y austera que resulta, y sólo debemos imaginar el mal estado de conservación en el que se encontraba, ya que “lejos de mover la devoción de los fieles servía solamente para excitar a la risa”, según cuenta don José Cortines; fue la razón por la que la pintora es llamada para hacer uno nuevo. La grandeza de esta pintora reside además en el tiempo de ejecución de este coloso, ya que colocado el lienzo en el Sagrario de Verano, estuvo trabajando sólo cuarenta y tres días. Mayor importancia recibe el lienzo pensando que es original y que ella se negó a copiar alguno de los que había en la villa.

De nuestra biografiada, debemos hablar de su corta vida creativa, dejando una amplia labor por desarrollar, que de seguro hubieran aportado al mundo del arte muchas más y grandes obras. Antonia Rodríguez, fallecida a los treinta y dos años de edad, murió a causa de su último parto por una “peritonitis puerperal”, dejando huérfano a siete hijos. Como bien expuso Don José Cortines Pacheco en la Academia de Bellas Artes, mantuvo la paleta y los pinceles en activo hasta sus

últimos días de vida. Ella siempre intentaba elaborar piezas que resultasen únicas, aunque no es raro que bebiera de las influencias de los grandes románticos sevillanos, o no tan románticos, ya que hizo una copia de la *Inmaculada Colosal* de Murillo (propiedad de don José Cortines Pacheco), copió además, con *Santa Isabel de Hungría*, también del mismo, o *La Virgen Niña dormida*, de Zurbarán.

Partida de Defunción.



Bibliografía

- CORDERO RUÍZ, J. *Una pintora lebrijana: Antonia Rodríguez Sánchez de Alva*. <http://www.lebrijadigital.com/web/content/view/123/76/>
- CORTINES PACHECO, J. (1980). *La pintora romántica lebrijana Antonia Rodríguez Sánchez de Alva*. Sevilla. Discurso de ingreso en la Academia de Bellas Artes Santa Isabel de Hungría.